

# ECOS DE LA VIDA LITERARIA

Al margen

## TE LO DIRE CON EL BIEN ARMADO MALLARME

No se me olvida una nota sobresaliente en ese manido cuestionario Proust que todavía practica, hasta la consumación de todos nosotros, determinado programa televisivo. Ya saben: qué color prefiere, cuál es su favorita entre las heroínas de ficción, dónde le gustaría vivir, y otras preguntas tales, que los interpellados fingen oír por vez primera y contestan con provocado calor de sinceridad, todos por un mismo patrón, según los mudables gustos en boga (a la hora actual: bondad, libertad, pacifismo, confraternidad y, de color, el rosa). Bueno; le tocó el turno al poeta Gimferrer, y con cara entre angelical y hosca —mal soporando ese obligado preámbulo a la conversación que es el centro del programa— se iba sacando las respuestas como con sacacorchos de modelo anticuado. Salvo una pregunta, la de sus aficiones, que contestó como un escopetazo con una palabra sola, casi ofendiéndole que alguien pudiese sospechar en él otra respuesta. La sencilla y seca respuesta de mi amigo fue: «Leer». Y volvió a su cara de retablo, al mohín entre receloso y altivo.

Si. Te preguntan en qué pasarás la presente y corta vacación, si vacación sea este tradicional abrirse ventana a la nostalgia, abocado a unas vivencias en que seres y valores queridos eran perdurables. Saben de este grato sumergirse en las Andalucías de tu mocedad. Claro; la evasión que es el viaje, patearse las ciudades, respirar otras fragancias... Diga usted que no. Eso será lo de piel afuera; lo cierto es que, bien dijo el otro, mi descanso son las armas y, como Gimferrer, la afición de uno es leer. Una afición convertida en profesión, sea, pero sin que ésta haya ajado lo más mínimo el viejo entusiasmo, la irrefrenable atracción por cualquier escrito. Incluso aquellos cachos de periódico, escuadrados cuidadosamente y pinchados en un gancho, del lugar tan común que ni se nombra —no la parte correspondiente a las esquelas, haya respeto—, según uso frecuente en la ensombrecida España que nos dejaron «los Estados del tocino». Al modo de lo que Pepito Llorens Artigas explicaba de los gitanos arrabaleros, quienes luego de toda la semana por los desmontes, a caza de gatos, en llegando a la fiesta y santificarla en la fonda eran unánimes, ante la pregunta del camarero: «¿Arrómb coní».

Leer. Qué no habrás leído desde que, de pie y descalzo, mientras la cena de los mayores, el oído aguzado para sepultarse en cama y sueño a la menor alarma, devorabas la librería de tu hermano mayor y padrino: Salgari y Julio Verne, menos, o «Pequeñeces», con «Pepe Jimenéz» y «El capitán Veneno», Turguénev, Dostoyevski, Kuprin, Andreyev, Wilde y la inolvidable colección Universal, y las antologías de Gowers & Gray, enteristas (mi hermano pequeño, cómplice en dichas nocturnidades, contraería la costumbre de estudiar de pie: así llegó a ingeniero industrial). Después, qué brincaré el corazón, saberte siquiera acólito de una misma secta, ante el mallarmeano «La chair est triste, hélas! et j'ai lu tous les livres». ¿Cuántos libros habrás leído desde entonces, por simple curiosidad o por devoción, por profesión también? Y no digo las obras de consulta, diccionarios o repertorios, tomados un momento, cientos de veces, en compulsas de datos o a busca de sinónimo. Los libros que te has leído enteros, luchando a veces con el tedio o el sueño, sin soltarlos, por no sé qué vano respeto a los trabajos y confianza que en ellos puso el autor, esperando tú que en algún lugar mejor la cosa y acabes comprendiendo sus razones. O bien para indignarte y acumular en mente más dislates del autor, que también el enfado ayuda a vivir, es una ducha tónico. Antes, cuando la práctica de ratón de biblioteca, cuando el endémico mudar de cielo comportaba gastarse la hijuela en abonar exceso de equipaje, por exceso de libros, y dejar sembrados los demás por los cuatro cantos de Europa, y de parte de Asia, admirabas a Just Cabot que había puesto piso a sus libros: que se iba de libros, al castísimo buen retiro que les había instalado en la esquina de Santa Ana y Canuda, a dos pasos del Ateneo. Y hete aquí que, andando el tiempo no sólo les has puesto «garçonnière», taller y hogar, todo en una pieza, sino que ya te van echando de tu propia casa. Cuando ya no queda pared por cubrir, desván o bodega que aprovechar, ni la imaginación o maña de carpinteros y albañiles tienen más soluciones que ofrecer.

¿Qué tendrás, doce mil volúmenes (o diez, o quince)?, preguntan los escritores amigos que vienen por esta su casa. Digo siempre que sí, aunque lo mismo serán dieciocho millares; o muchísimos menos. La veleidad de llevar a término el catálogo se enfrío hoy mucho. Ordenados, sí; sin lo cual no habría modo de entenderse, de leer a gusto. Por eso se me ahren las carnes cuando leo que el maestro Dámaso Alonso, a sus setenta y cinco años, está ampliando su casa de Chamartín. Para poder colocar los veintitrés mil volúmenes de su biblioteca (yo pienso en lo que le espera a Eulalia, su mujer, teniendo que cambiar todas las siglas de la catalogación) y las docenas de paquetes que le llegan continuamente de Correos. Y demasiado entiendo cuando a su habitación llama «una sepultura enterrada de libros»: una variante, harto patética, del verso de Mallarmé, tan nuestro. — M.

# EL EPISTOLARIO DE CESARE PAVESE

La publicación del epistolario de Cesare Pavese («Cartas 1926-1950» (1), en dos volúmenes) es una grata sorpresa para el lector español, poco acostumbrado por los editores a recibir muestras de lo que podríamos denominar como «literatura marginal», aunque por lo general dicha literatura sea menos marginal que un buen porcentaje de lo que se publica como fundamento. Los lectores españoles acostumbran a leer más en extensión que en profundidad; de ahí, la importancia que acaban cobrando entre nosotros las novedades. Mas aquellos que conocen bien a Cesare Pavese como poeta y novelista recobran ahora al escritor en su faceta más íntima, en su epistolario. Las «Cartas» completas de Pavese fueron publicadas en 1966 por su editor y amigo Einaudi, preparadas por Italo Calvino y Lorenzo Mondo. Más tarde, los recopiladores publicaron una selección de las mismas. La traductora española ha realizado aquí una selección de la selección, de la que se han eliminado las «cartas burocráticas o de trámite» o «en las que se repite algún tema ya desarrollado por extenso en otras anteriores o posteriores, o se relata algo que el lector ya conoce por otras versiones del propio Pavese». El epistolario del escritor ha sido reunido mediante los borradores de sus cartas y la colaboración de cuantos amigos recibieron sus noticias. Son fundamentales las cartas dirigidas a su hermana María, especialmente durante el confinamiento a que es sometido entre 1935 y 1936.

Incluye también el epistolario las cartas amorosas, salvo las de «la mujer de la voz ronca», protagonista del idilio más importante del escritor, que parece aquí bajo el apelativo de «la señorita». María Esther Benítez, traductora al español del epistolario, indica en una sucinta biografía al comienzo del primer volumen que, siguiendo a Davide Lajolo —biógrafo de Pavese—, «T. era estudiante de matemáticas y militante del P.C., entonces clandestino. En apariencia, todo lo contrario de Pavese, reacio a integrarse en un movimiento y de temperamento más literario que científico. T. se ha negado siempre, sistemáticamente, a que su nombre saltara a la luz pública... es, prácticamente, la única gran laguna que no se ha podido colmar en el epistolario». Cesare Pavese es un escritor volcado «hacia dentro». Sus temas son obsesiones y su gran pasión es la literatura. A través de su epistolario podemos seguir sus preferencias y lecturas. Su aventura vital es la de un hombre en constante lucha con su soledad. La muerte de su padre, en edad muy temprana, le inclina hacia su madre y su hermana. Sin embargo, a lo largo de sus cartas no encontramos apenas referencias a su madre, ni siquiera en su «Diario». Los lectores de Pavese hallarán en las cartas sus temas fundamentales, expresados con la máxima libertad, la libertad que confiere la carta dirigida a una sola persona, a quien conocemos y de quien sabemos preferencias e intereses. No cabe duda de que la obra y la trágica muerte de Pavese, quien se suicidó el 16 de agosto de 1950, tienen con respecto a la literatura española una importancia actual, pero fundamentalmente histórica. En Pavese se vio al escritor comprometido y, menos conscientemente, al auténtico «hombre de letras» que fue. Bona Alerocca nos relata uno de sus últimos encuentros con Pavese el 17 de agosto (en nota, vol. 2, p. 247): «Había estado un poco de tiempo sin verlo, luego lo encontré por casualidad en la «Vía» Po, entrada la tarde del 17, en plena «feria de agosto». Con la mirada ausente, caminaba como un autómata. Dijo que quería hablarme con urgencia, tuve que seguirlo al cercano café «Florio». No tenía la pipa, quizás por primera vez desde que la conocía: «Ya no la resisto. Ahora fumo cigarrillos», y me tendió una caja roja y azul. Después me contó lo esencial de su tragedia, vivida durante quince años. Estuvo firme y sosegado, implacable y exacto. Dijo que quería acabar: «No tengo ya nada que hacer, la parábola se ha cerrado. Artísticamente he llegado a lo máximo que podía; el resto no existe. He buscado sucedáneos, pero no sirven». La crisis del escritor había llegado a su límite. Y, fundamentalmente, era una crisis en la capacidad creadora. En este año publicaría, sin embargo una de sus mejores novelas «La luna e i falò».

Pavese fue un escritor para quien la política jugó un papel muy secundario, aunque viviera en un ambiente politizado, y aún radicalmente politizado. Unos juegan por la izquierda y Pavese se inscribe en el partido fascista. Es un error que achacará posteriormente a presiones familiares. No se desprende de tales relaciones de familia este compromiso poco feliz. Caerá, años después, en otro

compromiso de signo contrario, éste sí coherente —no consigo mismo, sino con el ambiente en que vivió—. Su ingreso en el P.C. italiano era el resultado de una resistencia en la que el escritor jugó un papel muy pequeño, aunque de la cual no estuvo absolutamente ausente, como parece indicar M.ª Esther Benítez. La muerte de Leone Ginzburg, torturado por los alemanes en Roma, no es ajena tampoco a esta decisión. Vamos, a través de esta correspondencia, bullir la vida intelectual, la cultura italiana de la época. Pavese se doctora en literatura norteamericana, con una tesis sobre Walt Whitman, pero lee latín y griego, literatura clásica inglesa, etnología y ciencia; se interesa por la mitología y traduce.

Lo que sorprende, en Cesare Pavese, es su capacidad de ilusión, su actitud adolescente en el amor. En sus cartas da la impresión de vivir un proyecto de vida ideal, de resolver asuntos triviales mediante profundos análisis de conciencia. Pese a su ironía, a veces mordaz, actúa y se expresa ingenuamente. En una carta a Dinah, por ejemplo, fechada en 1930, —el escritor cuenta veintidós años— escribe: «Si fueses una de esas señoritas estúpidas, hijas de familia, que no saben de la vida y pretenden hacerse las coquetas, yo fingiría estar enamorado, y asunto terminado. Pero eres una buena chica, que sabes bastante a tí misma y que has sufrido en la existencia lo bastante para comprender lo que es sincero y lo que es serio. Nosotros no nos amamos, Dinah. Y ni siquiera nos lo decimos a nosotros mismos. Nos buscamos, así, por simpatía, por cierto interés que cada uno cree haber encontrado en el otro, —yo, en tí, veo una niña bella e inteligente a quien le gustan los besos—, porque estando juntos nos sentimos felices, pero, como siempre nos decimos no nos amamos...» ¿No parece Pavese plantearse esta historia sentimental —que duró muy poco— como una novela de análisis?

El inteligente análisis de Italo Calvino, tras la lectura de «Entre mujeres solas», me parece iluminador en este sentido: «Desde luego es un nuevo modo de ver a las mujeres y de vengarse de ellas triste o alegremente. Y lo que más me desconcierta es aquella mujer-caballo peluda, con voz cavernosa y aliento que apesta a pita, que habla en primera persona y que desde el principio se comprende que eres tú con peluca y senos postizos, que dices: «Ahí tenéis, una mujer serio debería ser así». Pavese era una suma literaria, era —y antes que otra cosa— literatura viva y su propia vida era parte de su literatura. Hoy, en ocasiones, sus obras nos parecen excesivamente literarias. Son el apretado programa de un escritor que se realizó en menos tiempo del previsto. Entre 1946 y 1950 Pavese había publicado seis libros. Se convirtió con rapidez en el escritor que aparentemente los demás creían que él quería ser. Su suicidio fue el final de su obra. No parece, a través de sus cartas, ser excesivamente valiente, pero encontramos presente en su obra la ilusión del héroe.

Motivos de reflexión no faltan a lo largo de estas «Cartas», llenas de inteligencia, sensibilidad y temas «abiertos» a la meditación. Pongo como ejemplo la dedicada a Nicola Enrichens (1949): «La cultura italiana «hoy» no existe: existe una cultura europea, sino mundial, y sólo puede decirse una palabra válida si se ha digerido todo lo contemporáneo. Si me permite la comparación, yo salí, en mi época, de una situación espiritual y literaria análoga a la suya interesándose por la cultura americana, por los clásicos griegos y por la historia y las religiones primitivas. Y no me siento menos italiano por eso: como no me siento menos piemontés por el hecho de escribir en italiano y amar locamente la ciudad de Roma.»

Cuando allá por los años cincuenta mi generación descubrió a Cesare Pavese desconocía buena parte de su obra y de su pensamiento y cultura. El hecho de que sintonizáramos rápidamente con él deberá verse en el futuro como un tema que podrá interesar a los especialistas en la literatura comparada, pero a mi entender es una prueba evidente de que Pavese había sabido transmitir, incluso en sus obras menores, el mundo interno del que era portador, un mundo abismático y deslumbrador que, a través de estas cartas, se nos hace patente. Pocas veces un acto literario, como la publicación de esta selección, será tan de agradecer. La traducción y algunas notas de Esther Benítez, son excelentes.

Joaquín MARCO

1) Cesare Pavese, «Cartas 1926-1950». Alianza Tres. Alianza Editorial. Madrid, 1973. 2 vols.

## DE LOS TUMBOS QUE DA EL MUNDO

«La vulgaridad —anota el profesor y novelista Torrente Ballester, en el diario que dispensa en «Informaciones»— es el modo más auténtico de ser fiel a nuestro tiempo. La rasante que la conciencia colectiva nos impone está por debajo de la media usada en otros tiempos. Nos permiten ser ricos o pobres, a condición de ser vulgares, y aunque la vulgaridad va resultando cara, hay modos de ser vulgar a bajo precio. El imperativo «Sea usted como los demás, no se exceda, no sobresalga», está engendrando no sólo un nuevo estilo de vida, sino una nueva moral. No ser vulgar es como no amar al prójimo. Es el mayor pecado. Y en tales términos exigente y categórico, que hasta está vedado el ser cada cual vulgar a su manera, a su aire. No hay nada que cause incomodidad, desasosiego mayor que la diferencia. Hasta los hombres que están a la cabeza de las grandes comunidades tienen que ser vulgares y, siéndolo, se ganan la confianza de su pueblo». Así, mientras en sus mocedades todos se esforzaban en tomar por patrón al príncipe de Gales, por huir de la vulgaridad, hoy un Nixon es vulgar hasta en los chanchullos. Y concluye: «La diferencia entre el príncipe Eduardo y el presidente de los Estados Unidos nos da la medida de lo que ha cambiado el mundo en los últimos cincuenta años».

## DE MITOS

Del mito como expresión fidedigna de las exigencias más profundas del hombre, así en los pueblos primitivos como en los más desarrollados, se ocupa el dominico Antonio Moreno en la última entrega de «Arbor». En su forma original religiosa, o bajo formas seculares y profanas influidas por los elementos culturales, sociales y políticos de la sociedad actual. En el propio comunismo, cuya doctrina abunda en elementos escatológicos y paradigmáticos como liberación, paz, abolición de clases, perfecta justicia y promesa de una felicidad perfecta en una utópica sociedad sin clases. «Mítica —dice— es también la santificación del culto de absoluta libertad y paz, de perfecta hermandad entre los pueblos, de libertad sexual, en la cual cada uno pertenece a todos, como en el paraíso terrenal, en donde la culpabilidad no existe, ya que se ha abolido el conflicto entre el individuo y la sociedad, el espíritu y la carne. Mítico es la sacralización de la ciencia como el nuevo dios y los científicos como el nuevo sacerdocio que conduce a la humanidad a un futuro utópico de infinitas posibilidades...» Con este natural corolario: «El continuo proceso de secularización y racionalización al que estamos sometidos hace que el universo pierda parte de su misterio. La explicación científica de la naturaleza es más exacta y

# MESA DE REDACCION

objetiva que la mítica, pero menos atractiva y poética... La pérdida de lo sagrado dispone al hombre a una visión pesimista del universo y de sí mismo».

## UNA CONFERENCIA QUE CAE A PUNTO

Es la que en la Sala Claret (Lauria, 5) dictará esta tarde el doctor Nicanor Ancochea Hombrevilla, docente de Pedagogía en nuestra Universidad, sobre el tema «Jacques Maritain y la amistad judeo-cristiana». Lecciones que conviene refrescar.

## EVOLUCION ACELERADA

El problema de la fiabilidad doctrinal de los libros de texto, en lo religioso, ha movido a la publicación de unos «Apuntes al margen de los textos de Religión», en que se examinan con espíritu crítico 103 libros de EGB y de bachillerato, mayormente editados en Madrid (entre los de otras nueve ciudades figuran 14 de Barcelona). En «Mundo», recoge Fernando Blasi, entre otros datos de dicha obra, los de la curiosa trayectoria de uno de los autores enjuiciados, autor de una docena de libros en los últimos seis años. De las calificaciones de excelente, «no tiene defectos doctrinales» y «la doctrina expuesta es positiva, bíblica y sana» que se da a los publicados en 1968, paulatinamente se pasa, en la calificación de los aparecidos en años sucesivos, a «Un pequeño lunar... un pequeño fallo científico-doctrinal que no puede sostenerse después del Vaticano II», «Se deja llevar, en ocasiones, al interpretar las Sagradas Escrituras, de la moda del momento», «llega con ribetes de novedad... a conclusiones científicas sorprendentemente viejas». Y en punto a uno, publicando este mismo año: «Resucita viejisimas afirmaciones de tinte gnóstico: no tienen explicación las continuas retenciones contra la Filosofía y el discurso filosófico-interpretativo».

## VOCACIONES EN BAJA

Sobre una población de 54 millones de habitantes, no andan muy lejos de 700.000 los italianos con matrícula oficial en las 59 universidades e institutos superiores de aquel país. Medicina y Magisterio se llevan un treinta por ciento de esa masa, siguiéndoles, igualadas y a poca distancia, Ciencias matemáticas, física y naturales y el Derecho. No deja de llamar la atención cómo, en pocos años, Facultades de gran predicamento están perdiendo alumnos: Ciencias sociales. En el último curso ha sufrido merma de casi un tercio en el número de matriculados; Economía y Comercio, un 16 por ciento; Ciencias esta-

disticas, demográficas y actuariales, más de un 12; mientras sigue aumentando el número de matriculados en Derecho, Políticas, Filosofía y Letras y, sobre todo, en Arquitectura, Farmacia, Veterinaria y Medicina. Referido al primer curso de carrera, el avance más espectacular se da en Arquitectura: un cuarto más que en el año precedente.

## NOVELAR Y NOVELADORES

En ocasión de su libro «Morfonovelística», el joven catedrático Cándido Pérez Gallego, directo discípulo de Chomsky y Frye y ahora director del Departamento de Anglogermánicas en la Universidad de Zaragoza, es entrevistado en «La Estafeta literaria» por Emilio Rey. Novelar —dice— es formar una sucesión de frases de acuerdo a un esquema, respetando un código, para describir lo que le pasa a X. Y acerca de la nueva narrativa hispánica: «Existe un esfuerzo en Cortázar, García Márquez, Fuentes, Donoso, etc., por evitar las fórmulas de la narrativa española. Sus deudas, todo el mundo lo sabe, señalan Joyce, Faulkner, Scott Fitzgerald, etcétera, pero los resultados se mueven entre un lenguaje castellano que no se acopla perfectamente a esa flexión y una especie de frialdad normal no ajustada con una tradición muy conservadora. Novelas que se desgastan muy pronto, como pasa con «Cambio de piel», que usan fórmulas irrepetibles como «Rayuela», pero que están sometiendo a la estilística narrativa española a la mayor tensión. Por mi oficio me toca dedicar meses enteros a explicar a Joyce y sé que repetir sus fórmulas, como han hecho muchos novelistas actuales españoles, es poco positivo».

## «TINTIN» FREUD

Un no mejor identificado profesor Vitalis, en convivencia con un no menos seudónimo doctor Crouchez se aplica a la empresa de convertir a Sigmund Freud en héroe de historietas o «comics». Partiendo de datos ciertos, pero dando libre suelta a una intención fantasiosa, por no decir sarcástica e irrespetuosa. A la primera entrega, dedicada a la juventud del papa del psicoanálisis, seguirá «Freud au Congo», «Los cigares de Freud», «On a marché sur Freud», etcétera. La firma francesa que presenta estos «fumetti», se llama significativamente. Psych'ass.

## «LECTURAS PARA MINUTOS»

Es el título dado por Volker Michels a una amplísima selección de pensamientos sacados de las cartas y libros del premio Nobel Hermann Hesse. Del anticipo que «Revista de Occidente» de la traducción española de la obra, debida a Asunción Silva, recogemos estas

dos muestras: «El mundo no va a prosperar con mayor rapidez porque convertirá a los oradores populares en poetas y a los filósofos en ministros. Prosperará en todos los lugares en los que el hombre haga aquello para lo que está allí, lo que su modo de ser exige de él, lo que, por tanto, hará bien y a gusto. ... Que precisamente el hombre sea un capricho y un juego de la naturaleza, es un error que imagina el hombre, porque se considera muy importante. Tenemos que ver que a nosotros hombres la vida no nos resulta más difícil que a cualquier pájaro u hormiga, sino más fácil y más hermosa. Tenemos que aceptar la crueldad de la vida y la necesidad de la muerte, no con lamentos, sino saboreando esta desesperación. Entonces, cuando hayamos aceptado toda la atrocidad o falta de sentido de la naturaleza, podremos empezar a enfrentarnos a esa desnuda falta de sentido y obligarle a adquirir uno. Es lo máximo de que es capaz el hombre. Todo lo demás lo hacen mejor los animales. Para la mayoría de los hombres, igual que para los gusanos, la falta de sentido de la vida no es una desgracia. Pero precisamente los pocos a los que esto les hace sufrir y empiezan a buscarle sentido, son los que constituyen el sentido de la humanidad».

## «PERSONA NON GRATA»

Así se titula la aportación que al creciente auge de las memorias políticas hace el chileno Joaquín Edwards, diplomático al par que novelista (e hijo de su homónimo, el gran escritor de «El roto») e involucrado, por un momento, Heriberto Padilla. El libro está fechado en el resonante caso del poeta cubano en la barcelonesa Calafell, y se publica en nuestra ciudad. «Estoy convencido —leemos en el prólogo— de que una reflexión sería y descarnada sobre los sucesos de los años recién transcurridos, aun cuando Chile no tenga por ahora la posibilidad de participar en ella, contribuirá a superar el actual primitivismo político de América Latina. Chile se había instalado, y la Unidad Popular había permitido que se instalara, en el maniqueísmo, en la polarización absoluta. Las libertades de expresión se utilizaban sobre todo, por ambos lados, para la apología incondicional o el denuesto furibundo, y en este campo la Unidad Popular permanecía en franca desventaja. Ahora bien, la condición del éxito de una experiencia original era la elaboración de un pensamiento político y económico también original, libre de toda sumisión a fórmulas preconcebidas. Por desgracia, a pesar de algunos esfuerzos aislados, el pensamiento quedó muy por debajo de las circunstancias históricas excepcionales que conocía el país.»

## ESTUDIE LA BIBLIA

gratis. Escribir al Apartado 19046, o llame al teléfono 236-85-46